



# SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS

## COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Mejías y Escassy don Luis.—Navarrete don José de.—Pongilioni don Aristides.—Pereira don José.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Ramirez don Javier.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

## LITERATURA NACIONAL.

### NOVELAS.

No hace muchos años deplorábamos que en la patria de Cervantes, el primer novelista del mundo, hubiese decaído la afición á este precioso ramo de literatura. Veíamos con placer que la poesía progresaba de un modo maravilloso, hasta el punto de no tener que envidiar nada los poetas del siglo XIX á los vates del siglo de oro.

Faltaban á la verdad los detractores de nuestras glorias literarias al decir que el ángel de la inspiración y del buen gusto retrocedía espantado, temeroso de manchar su purísima vestidura en el lodo de la corrupción universal. Esto se decía cuando ya había dado á luz mucha de sus comedias el fecundo Breton de los Herreros; cuando se había aplaudido justamente á García Gutierrez por su TROVADOR, y á Hartzembursch por sus AMANTES DE TERUEL;

y cuando la poesía lírica se embellecía cada día mas con las hermosas y valientes producciones de Espronceda, de Tassara, de Zorrilla, del malogrado Arolas, y de otros poetas cuyo estro revela á todas luces la sublime inspiración del genio.

Notábase sin embargo en España un inmenso vacío en el ameno campo de la literatura. La novela se cultivaba muy poco; estaba completamente abandonada; algunos débiles ensayos con mal éxito, y alguna que otra obra de mérito como DOÑA ISABEL DE SOLIS de Martinez de la Rosa, y como EL PATRIARCA DEL VALLE de don Patricio de la Escosura, venían á alternar de vez en cuando con el inmenso catálogo de traducciones de novelas francesas, traducciones hechas en su mayor parte muy á la ligera, estropeando el idioma castellano, y novelas muchas de ellas inverosímiles é inmorales, como lo son casi todas las de Paul de Kock, las de Eugenio Sue y algunas de Alejandro Dumas.

No sin razón los padres de familia cuidaban de que



no llegasen á manos de sus hijas semejantes obras literarias, porque si bien la lectura de novelas es provechosa á la juventud cuando instruyen deleitando, y cuando tienen por objeto moralizar las costumbres, es muy perjudicial cuando el novelista procura sacar partido de su talento ocultando bajo las flores del buen decir el veneno de las malas pasiones, y cuando consigue presentar bajo seductoras formas la maldad, el vicio ó el crimen.

Venturosamente ha ido desapareciendo el vacío que se notaba, y de algunos años á la fecha nuestros ingenios se han desquitado con creces del abandono é indiferencia con que miraban tan importante ramo de la literatura. Nuestra España, privilegiada por el cielo con las mas preciosas vistas y los mas deliciosos paisajes; nuestras provincias llenas de crónicas maravillosas y de tradiciones venerandas; nuestra historia abundante en la narrativa de gloriosos hechos, de ínclitas proezas, cuya descripción es bastante para escribir excelentes poemas; no era posible, no, que tan riquísimo tesoro dejara de explotarse por los literatos contemporáneos. Y así es que en la segunda mitad del siglo ha vuelto á renacer la novela en España con toda la pureza del idioma, con toda la belleza de la idea, con todo el atractivo de la mas sana moral.

Léanse las obras de la ilustre dama que oculta su nombre con el seudónimo de Fernán Caballero, y se hallarán en ellas bellísimos cuadros de costumbres, ejemplos de virtud admirables, y acciones heroicas que presentan en conjunto encantadores detalles y pormenores. Léanse, entre otras muchas que ha escrito don José Fernandez y Gonzalez sus novelas históricas, y además de un interés creciente en sus argumentos, interés que cautiva por completo la atención de los que las leen, se halla en todas ellas la historia puesta en acción de tal modo que nos creemos trasportados á los tiempos que describe: en ISABEL LA CATÓLICA se nos figura participar de las acciones nobles y caballerizas de una época en que el amor y la espada eran los distintivos de una sociedad compuesta en su mayor parte de amantes y de guerreros; en EL PASTELERO DE MADRIGAL se llegan á temer, por la aversión natural que inspiran, las terribles acechanzas de los cortesanos y palaciegos de Felipe II, figura histórica repugnante por su despotismo y por su crueldad. Si no temiésemos lastimar la modestia de nuestro apreciable colaborador el Sr. Velazquez y Sanchez, y si no pudiera tacharse de parcial nuestro elogio por la sincera amistad que profesamos á dicho señor, citaríamos también algunas de sus novelas cuya lectura nos ha agradado mucho, y que han sido recibidas del público con general aceptación.

No dejaremos de mencionar dos obras que hemos leído recientemente con verdadero entusiasmo. Son dos novelas originales de don Enrique Perez Escrich, titulada una de ellas EL CORAZON EN LA MANO y la otra EL CURA DE ALDEA. Ambas producciones, además de su interesante argumento contienen máximas filosóficas, no hijas de esa filosofía que difunde la duda ó el escepticismo derramando hiel en el seno de la sociedad; sino de esa filosofía santa y bienhechora, cuya fuente purísima es el Evangelio; de esa filosofía, que como ha dicho Lamennais, nos revela los dulces consuelos de nuestra religion, y nos enseña que en las tribulaciones de la vida la oración es un benéfico rocío que restaura su lozanía á la flor marchita del corazón.

En la primera de dichas novelas resplandece el amor de madre, ese amor que diviniza á la muger, porque despues del amor de Dios no hay otro amor mas puro que el de una madre cariñosa; ella sonríe á su hijo cuando le conceptúa dichoso, y llora cuando le cree triste ó

infortunado; participa lo mismo de sus alegrías que de sus pesares; no sosiega cuando lo vé enfermo y goza de un modo inefable cuando le vé recobrar la salud; vela incesantemente por separarlo del mal, y por los medios mas suaves, y sin que él lo apereciba siquiera, consigue inclinarlo al bien y labrar su felicidad.

La segunda de las novelas citadas, esto es EL CURA DE ALDEA, nos presenta varios hermosos tipos dignos de imitación; es el primero el de un virtuoso sacerdote, sembrando beneficios entre sus feligreses por medio de la santa virtud de la caridad; es el segundo la gratitud de un jóven que sacrifica su amor y su libertad, que sufre con gusto toda clase de penalidades y de privaciones porque no las sufran ni las padezcan los que han sido sus bienhechores; es el tercero el cuadro mas bien trazado de la vida conyugal, el tipo de los buenos matrimonios que cifran su bienestar en ayudarse y amarse recíprocamente, y en amar y educar á sus hijos de la manera mas conveniente para que sean miembros útiles á la sociedad.

Pero no basta una rápida reseña para dar á conocer las bellezas que atesoran las novelas del señor Escrich; es preciso leerlas, y leerlas con detenimiento para conocer lo muchísimo que valen, no solo las que dejamos citadas sino otras con que ha enriquecido la Biblioteca Nacional. Mas como nuestro objeto al escribir estas líneas no ha sido el hacer un completo análisis de determinadas producciones, nos hemos limitado á hablar someramente de algunas, nada mas que para justificar lo que ya dejamos dicho; que si hubo un tiempo en que nuestros escritores dejaron de cultivar la novela, en la segunda mitad de nuestro siglo ha vuelto á renacer llena de encantos, con toda la pureza del idioma y todo el atractivo de la mas sana moral.

José Pereira.

## LA TIERRA DE PROMISION.

### COMEDIA ETERNA.

#### PARTE PRIMERA.

#### PROLOGO.

*Te Deum laudamus, te Dominum confitemur,  
Te æternum Patrem omnis terra veneratur..*

Iba á espirar la tarde... entre las flores  
el viento suspiraba...  
lejos... muy lejos... en el bosque umbrío  
la fuente murmuraba.

Del alto monte la escarpada cumbre  
de púrpura y de oro se teñía...  
el vapor de la tarde  
la corriente del Eufrates cubría.

De la tórtola triste el dulce arrullo  
las áuras de la selva repitieron...  
Murió la luz... las sombras lentamente  
por la cumbre del monte se extendieron.

Ya de las roncadas ranas los cuarridos  
se sienten resonar en la laguna,  
y en el cristal del Eufrates riela  
el tibio rayo de la blanca luna.



Y es fama que en el hueco de una roca,  
en donde Eva retozó algún día...  
aunque la historia calla en este punto,  
es claro, con Adán retozaria.

Mas dejemos á un lado digresiones  
que nos pueden llevar hasta el abismo,  
y ahora se me ocurre una pregunta:  
¿qué nombre tendria yo sin el bautismo?

Un nombre pronunciaba,  
mi madre al acostar me lo decia...  
era el nombre de un ser grande, invisible,  
era el nombre de Dios! ¡ay madre mia!  
siempre que el desengaño  
viene á turbar del corazon la calma,  
pronuncio el nombre que aprendí en la cuna  
y siempre siento que se ensancha el alma!  
Y la virtud me alienta y le promete  
al desgarrado corazon el cielo...  
¡Ay, mi niñez pasó! ni la esperanza  
tiene en el mundo para mi consuelo!

No te asombre, lector, si en mi poema  
la palabra virtud ves al principio,  
porque esta voz mi voluntad suprema  
en otros cantos la convierte en ripio.

Punto final. El Eufrates corria  
á los piés de la peña en que vivia,  
un ermitaño de feliz memoria  
del cual empiezo á referir la historia.

Historia peregrina,  
triste, alegre, moral, interesante,  
sublime! quien tuviera  
para escribirla el corazon del Dante!

Nació, segun es fama, por los años...  
no te importa, lector, basta que sepas  
que horribles desengaños  
á llorar sobre el polvo le trageron  
de los lugares en que Adán y Eva  
la manzana mordieron.

Poco despues de abandonar el mundo  
enseñando los dientes sonreia...  
era que sacudiéndose en el pecho  
el corazon al alma le decia:  
Nace el hombre del polvo y al abismo  
sus hermanos le empujan con la ciencia,  
que consiste en suplir con egoismo  
lo mucho que nos falta de conciencia.  
Cruzó las manos, inclinó la frente,  
y triste y en silencio, pero en calma,  
buscó la soledad donde queria  
tranquilo el cielo contemplar su alma.

Lector, si no me engaño  
al comienzo del prólogo decia  
que la noche era clara y que la luna  
su blanco disco en el cenit lucia.

Pues en este momento  
de nubes se encapota el firmamento,  
la tempestad lejana  
de los nevados montes lentamente  
las altas cumbres con soberbia oprime,  
del Eufrates desborda la corriente  
y en las entrañas de los montes gime,  
y chilla la lechuza,  
crece la oscuridad, relampaguea,  
y del bosque en los árboles tronchados  
el viento ronco al azotar chasquea.

En el antro sombrío de la gruta,  
en donde Adán con Eva y la serpiente  
á ratos en jugar se entretenia,  
allí donde mordieron la manzana  
burlando del señor la policia,  
tiene lugar la escena interesante  
que voy á describir, si como espero,  
á fuerza de constancia y de entusiasmo  
logro suplir la inspiracion de Homero.

A la llama rojiza de la tea  
que rompiendo las sombras centellea,  
al pié de un Crucifijo, de rodillas,  
lágrimas derramando de amargura,  
se descubre de un hombre la figura.

Al peso del dolor la calva frente  
descansa el noble anciano  
sobre la seca y arrugada mano.

Cual errantes estrellas los recuerdos  
por su memoria pálidos cruzaban,  
y en el éter sin fin de su conciencia  
despedazando el corazon gritaban.

Como en la espuma de las verdes olas  
la luz riela de la blanca luna,  
cuando brota del fondo de los mares,  
rompe las nubes y desgarrá el cielo,  
asi en el corazon del ermitaño  
en noches de amargura y desconsuelo,  
el tibio rayo de la fé riela  
de la esperanza en la perdida estela.

Son bien aventurados los que lloran  
segun mas de una vez me han referido,  
porque al secar sus lágrimas la muerte—  
la inmensidad les abre del olvido.

Al par que el desengaño con la duda  
logra del pecho perturbar la calma,  
del vicio la gangrena  
vá lentamente corroyendo el alma!

Segun dice el antiguo testamento,  
los que de polvo fuimos  
en polvo al espirar nos convertimos;  
con tan mala simiente  
la tierra sin saber lo que se hacia,



produjo una mujer y una serpiente...  
 poco despues Cain mató á su hermano...  
 y sucedió el Diluvio... ¡quién diria  
 que mas tarde del Gólgota en la cumbre  
 el Redentor del mundo moriria!...  
 Valle de Josafat, cóncavas rocas  
 donde el torrente de Cedron se quiebra,  
 sepulcro de Jesus, santos lugares  
 que desde niño visitar deseo,  
 decidle á Dios que en su existencia creo!  
 decidle que doblada la rodilla  
 y con los ojos en mi madre fijos  
 su nombre aprenden á decir mis hijos!

—  
 En el sublime instante  
 que el corazon del triste anacoreta  
 latia sin consuelo,  
 relámpago brillante  
 radió en las nubes desgarrando el cielo;  
 súbito el rayo se estrelló en las rocas,  
 las víboras mordiéndose silvaron,  
 en las cóncavas piedras de la gruta  
 las nubes retronaron  
 y lánguido un lamento  
 junto á la puerta repetia el viento.

—  
 Del pecho sofocando los latidos,  
 sacudiendo en los hombros la cabeza,  
 el alma fija en el rumor lejano  
 hácia la puerta caminó el anciano.  
 Y fuera del umbral alzó la frente  
 y con los ojos fijos en el cielo,  
 se perdió lentamente  
 su trémula figura  
 de la cerrada selva en la espesura,  
 El alto monte y el profundo valle  
 la horrible y densa oseuridad cubria,  
 cerniéndose en las nubes  
 la desgajada tempestad rugia.  
 Del Eufrates hiriendo la corriente  
 el relámpago fúlgido rielaba,  
 y á su eléctrica luz sobre las ondas  
 el granizo y la lluvia chispeaba.

—  
 Volvió, y entre los brazos  
 un niño sostenia,  
 que con los ojos fijos en la tea  
 contemplaba la luz y sonreia.  
 —¡Hijo del corazon! grita el anciano  
 y dobla la rodilla.—¡Hijo! ¡hijo!  
 dice, y al Crucifijo  
 trémula tiende la arrugada mano,  
 y la imágen de Dios con toda el alma  
 sediento besa el corazon de calma.  
 —Tus padres te abandonan!  
 los que te dieron vida  
 te esponen á la muerte!...  
 ¡Dios te ampara!... murmura  
 y con la imágen de Jesus oprime  
 el palpitante corazón del niño.  
 —¡Ya tienes madre! esclama señalando

al rincon de la gruta  
 que sirve de cubil á una pantera,  
 que al brillar el relámpago en las nubes  
 contra el convulso vientre  
 aprieta con la garra á sus cachorros,  
 y al estallar del trueno el estampido  
 ruge feroz y husmea  
 empapando de espuma  
 el polvo con su ardiente resoplido.  
 ¡Ya tienes madre! repitió el anciano,  
 y tendiendo la mano  
 á la amarilla y rota calavera  
 que sobre el Evangelio,  
 á la luz de la antorcha  
 fosfóricos cambiantes despedia,  
 llenándola en el agua  
 que oculto manantial entre las peñas  
 murmurando rompía  
 con acento sublime y religioso  
 exclamó el ermitaño:  
 —¡En el nombre de Dios, del Dios que hizo  
 el mundo de la nada,  
 Cain yo te bautizo!  
 Dice, y en el instante que lo estrecha  
 contra el ardiente seno,  
 rasga las nubes retumbando el trueno.

—  
 En pós de la tormenta  
 vino rompiendo nubes la bonanza,  
 así como despues del desengaño  
 estiende su arco iris la esperanza.

—  
 El viento suave al despuntar la aurora  
 susurra y gime en la arboleda umbría,  
 con dulces trinos por los hondos valles  
 van las alondras anunciando el dia.

—  
 Lector, basta de prólogo; y si quieres  
 quitarme el peso que mi frente abrumba,  
 antes que dé principio á la comedia  
 mándame hiel para mojar la pluma.

*Dies iræ, dies illa;  
 Solvet sæclum in favilla.*

**Javier de Ramirez.**

### UNA BROMA PESADA.

Un Doctor cuya vida habia sido una continua série de aventuras, al vernos deseosos de escucharle, nos refirió de este modo el peligro que habia corrido en la casa de locos.

«Para todo el que abraza la carrera de medicina por verdadera vocacion, y no por cálculo de futuros medros, nos dijo, hay en ella dos poderosísimos alicientes: el amor á la ciencia, y el alivio y consuelo de sus semejantes. El amor á la ciencia nos obliga á estudiar la fisiología y la psicología, esto es, las funciones de los órganos y las facultades del alma, con una especie de sed inestinguible; y el deseo de hacer bien á nuestros semejantes, á no escatimar ningun sacrificio, por grande que sea, cuando se trata de aliviar sus dolores ó de salvarlos de las garras de la muerte.



Hay una enfermedad á cuyo estudio tuve desde mi entrada en el colegio decidida afición, ya por ser una de las mas difíciles y misteriosas, ya porque en ella el fisiólogo ó el psicólogo se encuentran en un mismo terreno, puesto que de igual manera la producen los grandes sacudimientos del alma que la depresión material de los órganos. Esa enfermedad es la locura, la mas rebelde y mas completa de cuantas abarca el dominio de la ciencia.

En las afecciones ordinarias la analogía conduce al facultativo como de la mano para formar con acierto su diagnóstico y para la elección de los medios mas eficaces. En el desarreglo de las facultades intelectuales, producido unas veces por una violenta contusión, otras por un pesar profundo, otras por un sentimiento contrariado, otras en fin, por el abuso del trabajo mental, la práctica es un auxiliar casi impotente y los síntomas inútiles del todo, si el médico no estudia con detenimiento la historia físico-moral del individuo, para buscar en ella el punto de partida, el origen exacto de la afección. Cada caso de demencia presenta un carácter particular que en nada se parece á los otros, ó, como dice el adagio vulgarizando la frase, cada loco tiene su tema. Ese terrible azote, es, pues, un escollo contra el cual se estrella muchas veces la ciencia, un enigma cuya clave no encuentra el facultativo si no penetrando con perseverante solicitud en el laberinto de las pasiones humanas, esto es, prescindiendo del escalpelo del anatómico para recorrer á la luz de la psicología esa vastísima región llamada MISERIOS DEL ALMA.

No bien tomé en Madrid el grado de doctor, solicité y obtuve una plaza de médico en el establecimiento de locos de Zaragoza, y me consagré con afán al alivio de esos infelices, privados del mas precioso de cuantos dones ha concedido el cielo á las criaturas.

Una casa de orates es un campo vastísimo abierto á las mediaciones del filósofo. Detrás de cada enfermedad, se vé allí una historia palpitante y dramática, y muchas veces un corazón desgarrado por inauditos dolores. Si fuera posible escribir, con todos sus detalles, á continuación de los nombres que figuran en el libro de entrada, la biografía de los infelices albergados en esos establecimientos, estoy seguro de que esas páginas de la vida real habian de ser mucho mas conmovedoras que las de Balzac, de ese gran director del alma. Sí, señores; una casa de orates, para el que á fuerza de estudio y de abnegación aprende á coordinar las manías, los propósitos inconexos, los disparates que hacen reír á los profanos, y los gritos salvajes de los furiosos, es un mundo de acerbos dolores flotando en el caos de la inteligencia.

Cuatro años pasé en aquel establecimiento.

Los albergados se hallan divididos en tres secciones ó grupos: los furiosos, los pacíficos ó maniáticos y los convalecientes. Los primeros están en jaulas ó tugurios separados, y los segundos, reunidos en un departamento especial, bajo la vigilancia de los loqueros. En cuanto á los últimos, que nosotros llamamos LOCOS RAZONABLES andan sueltos por el establecimiento y muchas veces los ocupan en algunas labores de la casa.

Un día del mes de diciembre, en que reinaba un fuertísimo levante, despues de haber hecho mi visita de ordenanza, bajé á la cocina á inspeccionar los alimentos y encontré alrededor del fogón á quince ó dieciseis convalecientes.

—¿Qué hacen ustedes por aquí buenas alhajas?

—Calentarnos, señor doctor,—me respondieron.—

Hemos estado trabajando en el patio y teníamos frío!...

—¿Y el cocinero?

—Ha salido ahora mismo á repartir la primera sopa.

Enseguida empezaron las reclamaciones de ordenanza.

—Señor doctor, ¿cuándo me dá usted de alta?

—¿Yo tengo ganas de salir de aquí!

—A mí, no me dan mas que media ración de carne!

—Diga usted al director que me revele de picar la sopa!...

—¿Y á mí de acompañar al dispensero á la plaza!...

—¿Yo estoy ya completamente bueno y deseo ir á reunirme con mi familia!...

—¿Y yo!...

—¿Y yo!...

Satisface cada una de estas peticiones con una palabra benévola, con una esperanza mas ó menos remota, y me dirigí á probar el puchero.

Debo prevenir á ustedes que el puchero en los hospitales es una inmensa caldera, cuya capacidad asciende ordinariamente á mas de mil cuartillos. Como que entre enfermos y dependencias sirve para alimentar á quinientas ó seiscientas personas.

Hice que levantaran la tapa, tomé en la cuchara un poco del hirviente líquido, y le acerqué á mis labios...

En esto, el grupo de los convalecientes se habia retirado al otro extremo de la cocina y llegó á mis oídos un animado coehicheo.

Volví la cabeza, y ví á unos de los LOCOS RAZONABLES perorando en voz baja entre los demás, y gesticulando de una manera que me dió malísima espina.

El murmullo se hacia cada vez distinto y llegaban hasta mí palabras entrecortadas.

—Magnífica idea!...

—Escelente!...

—¿Y que será sabroso!...

—Hagámoslo!...

—¡Pero sin que lo sepa el cocinero!...

—¡Hermoso caldo!...

—Como que está muy gordito!...

—¡Vaya un chasco para los otros!...

—¡Chist!...

—¡Chist!...

Y el grupo de convalecientes avanzó en masa hácia mí, andando de puntillas y llevándose el dedo á los labios.

La actitud de los locos, sus misteriosos murmullos y sus originales exclamaciones despertaron en mi imaginación una terrible sospecha.

Entonces debí ponerme horriblemente pálido; pero no perdí mi serenidad.

—¿Qué mil diablos están ustedes cuchicheando?—les dije encaramándome con ellos.

—Nada, señor doctor,—me respondió misteriosamente el de los gestos sospechosos.—¡Que vamos á dar un chasco al cocinero y á todas las personas de la casa!

—¿Un chasco?

—No, no es chasco,—añadió otro,—si una lección: vamos á enseñar á esos marmitones la manera de hacer BUEN CALDO.

—Un caldo riquísimo!

—Un caldo de privilegio!

—Aromático!...

—Sabroso!

—Nutritivo!...

—Sin igual!

—Y no esa porquería que hacen ahí!

Y sin que pudiera pedir auxilio ni abrirme paso hácia la puerta los dementes, cuyos ojos se encendían á cada nueva exclamación, se echaron sobre mí y me levantaron del suelo, gritando entre risa y algazara:

—¡A la caldera!... ¡a la caldera con él!

—Conocí que estaba perdidol—continuó el médico.—Los corredores inmediatos se hallaban desiertos.... no



ebia esperar socorro de nadie;—solo Dios podía hacer un milagro, y creo firmemente que le hizo dándome una aspiración feliz.

Cuando me ví en el borde de aquel hirviente abismo, cerré los ojos horrorizado... Los locos me tuvieron suspendido un instante, mientras me recomendaban que no dijera nada cuando viniese el cocinero.

El vapor del líquido empezaba á escaldarme el rostro.

Entonces, en aquel momento de suprema angustia, oí la mano derecha, cuya quemadura conservaré mientras viva, en el extremo de la gran tapa de cobre, así recorrida, y les dije con cuanta serenidad me fué posible en tan inminente peligro:

—Pero, ¡imbéciles!... ¿Van ustedes á meterme con ropa y todo?... ¡Pues no hay duda que harán un buen caldo con mi gaban azul y mis botas embetunadas!

—¡Esta objeción me salvó la vida y me libró de morir cocido.

Los locos me depositaron en el suelo y empezaron á mirare unos á otros, con el mismo aire de sorpresa que revela el rostro de un campesino al explicarle un fenómeno científico.

Un rayo de esperanza iluminó entonces mi alma.

Antes que ninguno de ellos tomase la palabra porque en ese caso ya no había remedio para mí:

—¡Tontos!—continué con una sonrisa que debió ser una mueca de condenado,—¿iban ustedes á echarme allá con todos estos adminículos?... ¡Pues buena la hubieran hecho!... ¡Dejen ustedes que vaya á desnudarme, y después ya es otra cosa!... ¡Ven tú, Cisneros, á tirarme del gaban, y tú, Rendon, á quitarme las botas!...

Y con tranquilo peso me dirigí hacia la puerta de la cocina, acompañado de mis dos nuevos ayudas de cámara, los que dóciles á mi voz, seguían detrás de mí.

—¡Quien lo entiende lo entiende!—decía un loco,

—Pues buen potaje íbamos á hacer si no es por su advertencia,—añadía otro.

—¡Y que á ninguno se nos ocurriera una cosa tan sencilla!

—¡Vaya un caldo que hubiera salido!

—¡Eh!... chist!...—esclamaron dos ó tres corriendo detrás de nosotros.—¡Que no se den ustedes por entendidos!

Volví la cara y me llevé un dedo á los labios...

—¡No podía hablar!

—¡Que bueno es el doctor!...

—¡Y qué complaciente!

Estas fueron las últimas palabras que llegaron á mis oídos al trasponer los corredores.

Cuando llegué al pie de la escalera, subí los peldaños de cuatro en cuatro y no paré hasta la administración.

Mis dos improvisados ayudas de cámara me seguían á lo lejos.

Los dependientes de la oficina se asustaron al verme llegar, mi palidez debía ser espantosa.

—¿Qué hay, doctor, que ocurre?—me dijo uno de ellos.

—Nada!... dé usted orden que se encierre á todo el mundo hasta que caiga este maldito levante, y que se redoble la vigilancia en todos los departamentos!... ¿Ha marchado ya mi compañero?...

—No, señor.

—¡Pues que le avisen inmediatamente que venga á sangrarme.

Desde aquel día en que me ví á dos dedos de morir cocido, he desconfiado siempre de los LOCOS RAZONABLES, y no he vuelto á probar la sopa... En mi casa, añadió el

doctor concluyendo su relato, no se pone puchero, sino cuando hay algún doliente ó algún convidado. Pero ya sea en mi casa ó bien en la de mis enfermos, cada vez que el vapor del caldo llega á mi rostro, siento un desagradable escalofrío y me estremezco involuntariamente.

F. V.

## ÁNGEL Y MUJER.

El Poeta:—La Vanidad.

*El Poet.* Sigue mis pasos ahora,  
que no alce rumor tu planta;  
ó mas bien al pensamiento  
suelta las ligeras alas.

*La Van.* ¿Dónde me llevas, poeta?  
¿Nuevos triunfos se preparan?  
¿El héroe vendrá ceñido  
de púrpura recamada,  
tristes naciones hollando  
de sus victorias esclavas?  
¿O será sabio profundo  
á quien los hombres ensalzan?  
¿Tal vez magnate opulento  
que sus tesoros derrama?  
¿Quieres que yo con mi soplo  
llene y trastorne sus almas?  
Soy la vanidad del mundo,  
soy del mundo soberana.  
¿adónde me llevas?

*El Poet.* Mira;  
¿que ves?

*La Van.* Silenciosa estancia,  
tranquila como los valles  
cuando las aves no cantan,  
cuando los llena la noche  
y en las flores duerme el aura.  
Aposento misterioso  
que alumbra suave lámpara,  
que mullida alfombra cubre,  
que tapizan leves gasas.  
Y del vecino jardín  
respirando la fragancia,  
un ángel que duerme ó vela  
en la entreabierta ventana.  
Quizá en sueño delicioso  
otros mundos vé su alma,  
quizá escucha pensativa  
como los céfiros pasan,  
como suenan al mecerse  
de los árboles las ramas,  
como en la frente de mármol  
cae murmurando el agua.  
¿Es tan niña y es tan bella!  
¿Por qué del lecho se aparta,  
y la noche y el misterio  
busca y goza solitaria?  
¿Conoce el amor? ¿Se agita  
en su pecho ardiente llama?

*El Poet.* No; que su frente serena  
ninguna nube la empaña,





por esas frescas mejillas  
no han corrido acerbas lágrimas,  
sus ojos brillan tranquilos  
cual las estrellas lejanas,  
y aun no probaron sus labios  
la hiel de sonrisa amarga.

Mira su rostro y el mío,  
y no preguntes quien ama.  
Ella es pura como lago  
que en sus linfas sosegadas,  
refleja la luz del cielo

en las matinales albas,  
sin que una quilla lo hienda,  
sin que lo enturbie una ráfaga.

Mas vela, porque su mente  
á otras regiones se aparta,  
porque se extiende á su vista

un inmenso panorama,  
y una senda extraña y nueva  
en breve hollará su planta.

La juventud le sonríe,  
y el sol que alumbre mañana,

la verá cen luengo trage,  
la verá con ricas galas.

Tal vez sus ropas de niña  
con desden contemple ingrata,  
mientras ráudo el pensamiento  
tras lo porvenir se lanza.

La niña en mujer se torna;  
el ángel pierde sus alas.

*La Van.* ¡Ella feliz! El sol de los amores  
con limpio rayo bañará su frente,  
sus plantas hollarán senda de flores,  
astro será que brille en el oriente:  
por verla, sus raudales bullidores  
adormirá el arroyo transparente,  
y la onda clara luego desatando,  
irá halagüeño su beldad cantando.

Verá mas azulado el firmamento,  
mas dulce el existir, la luz mas pura,  
respirará mas delicioso viento  
lleno de aromas, himnos y frescura:  
á su alma hablarán con grato acento  
las voces mil de la inmortal natura,  
y su espléndido manto en lontananza  
desplegará á sus ojos la esperanza.

Rosa que en los vergeles de la vida  
mañana exhalarás tu olor fragante,  
rayo de luna pálida y dormida  
que al mismo sol deslumbrarás radiante:  
¿quién la hermosura de tu edad florida  
podrá mirar sin que suspire amante?  
Salve, niña gentil, naciente estrella,  
cruza tu cielo con segura huella.

El grato aplauso arrullará tu oído,  
deidad serás que inspire dulce fuego,  
del amador ante tus pies rendido  
ufana oirás el anhelante ruego:  
y al entregarte al sueño y al olvido  
placentera ilusión llegando luego

te dará nuevos triunfos, nuevas galas,  
y nunca el ángel perderá sus alas.

*El Poet.* «Es la inocencia para el alma pura  
la fiel amiga, la beldad mayor,  
es la corona que se ciñe el ángel:  
¡miseró aquel de cuya sien cayó!  
Sus ojos buscan el tranquilo sueño;  
¡ay! mas en vano, porque el sueño huyó,  
y del recuerdo la punzante espina  
clavada tiene el triste corazón.

Quando sonríe candoroso el niño,  
quando nos habla con su dulce voz,  
su rostro alumbra nuestra mística frente  
que el desengaño sin piedad nubló.  
El niño es ángel de la tierra impura,  
como las flores de los cielos son  
esas estrellas que entre azules nubes  
súbito brotan á la voz de Dios.

Ella, que es niña, la tranquila senda  
de la inocente infancia recorrió,  
y al traspasar el término postrero  
engañadora alzóse la ilusión.  
Campos de extrañas y brillantes flores  
entonces muda y admirada vió,  
y atrás volviendo con placer los ojos,  
dijo al sendero de su infancia: *adiós*.

Nave que dejas el amigo puerto  
de ignotos climas por correr en pos,  
si ahora te halagan bonancibles brisas,  
¿no puede luego hundirte el aquilon?  
Niña que dejas de la edad primera  
la dulce paz por juvenil ardor,  
¿no puedes luego, si el amor inspiras,  
víctima ser de inextinguible amor?

Tal vez empañe solitario llanto  
tus ojos puros que luceros son,  
quando contemples que tus dichas huyen  
¡ay! para siempre, cual mi dicha huyó.  
Tal vez en breve á tu angustiado pecho  
hondo suspiro arrancará el dolor,  
y atrás la vista con pesar tornando,  
digas al tiempo de tu infancia: *adiós*.

¿Quién no recuerda su niñez querida  
si la copa de hieles apuró?  
¡Oh, si la mano del mortal pudiera  
del tiempo el curso detener veloz!  
¡Si ya que amigo y generoso el cielo  
sus ricos dones sobre tí vertió,  
siempre decir pudiera en mis cantares:  
la niña fué mujer y ángel quedó!»

## II.

*El Poet.* Ven y sigueme los pasos,  
que no alce rumor tu planta:  
ó mas bien al pensamiento  
suelta las ligeras alas.

*La Van.* ¿Adónde me llevas?

*El Poet.* Mira:  
¿que ves?



*La Van.* Silenciosa estancia  
tranquila como los valles  
cuando las aves no cantan,  
cuando los llena la noche  
y en las flores duerme el áura.  
Aposento misterioso  
que alumbra suave lámpara,  
que mullida alfombra cubre,  
que tapizan leves gasas.  
Y en el lecho suntuoso  
blandamente reclinada  
está una mujer dormida;  
mas en sus ojos hay lágrimas.  
Dí, poeta, ¿por qué llora?  
¿Por qué ni en sueños descansa?

*El Poet.* ¿No la conociste?

*La Van.* No;

*El Poet.* Al fin, mujer desgraciada!

También jamás el que impio  
la flor de su tallo arranca,  
la conoce cuando gira  
por el polvo deshojada.  
Tú la Vanidad del mundo  
emponzoñaste su alma:  
ven á contemplar tu obra,  
ven á gozarte en sus ansias.  
Amores, triunfos, placeres,  
ofreciste ante sus plantas,  
y la niña....fué mujer,  
y el ángel perdió sus alas.

Sevilla Marzo 1859.

Narciso Campillo.

## MESA REVUELTA.

**Teatro Principal.**—Después de la última crítica teatral que insertamos en nuestro número anterior, debida á la pluma de nuestro distinguido colaborador, el joven maestro don I. Hernandez, bien conocido ya por sus composiciones musicales y por sus artículos críticos, poco tenemos que reseñar en la presente semana sobre los trabajos de la compañía lírica que actúa en el Teatro Principal. Una novedad ha ocurrido, y de ella vamos á ocuparnos brevemente.

La *Lucrecia* se cantó por primera vez en esta temporada en la noche del Miércoles 20, tomando en ella parte la eminente actriz Rossina Penco, la contralto señora Flori, y los señores Bartollini y Tombessi.

Respecto al desempeño de la señora Penco, nada nuevo tenemos que añadir á lo que espusimos en la anterior temporada. La *cavatina* de salida fué cantada, tanto su recitado como su andante, con esa maestría, buen gusto, colorido dramático y dulcísima melodía, que la gran Rossina envidiablemente posee. En el dueto de tiple y tenor del primer acto, estuvo como siempre, á una altura difícil de tocar por pocos artistas.

Pero donde siempre conmovió á los espectadores es en la gran escena y terceto del tercer acto. La frase *E si averso á Gennaro chi vi fé caro Alfonso*, la dijo de una manera admirable. Si continuáramos esponiendo todos los pasajes interesantes de este trozo, volveríamos á repetir lo que en la anterior temporada estensamente se espuso por pluma competente autorizada, y solo nos con-

tentáremos, para cerrar estas observaciones que nos sugiere la gran figura de la Penco en *Lucrecia*, recordar el magnífico parlante del cuarto acto, *Tu pur qui? non se fuggito?* y demas escenas subsiguientes. El público hizo salir á la eminente actriz al final del tercer acto dos veces seguidas, colmándola de entusiastas bravos y aplausos.

La señora Flori desempeñó su parte de Orsino con la maestría y desembarazo que cada día descubre mas esta estudiosa artista. Pocas veces hemos visto cantar su parte en la forma que lo hizo esta acreditada contralto. La *balatta* del primer acto la dijo con gusto, afinación y espresivo acento, y el célebre y popular brindis lo cantó con gracia y ligereza. La señora Flori es una buena adquisicion, y cada día que pasa el público le manifiesta la simpatía que inspira.

El señor Bartollini, encargado de un papel, que no es de su tesitura, y que para que se adaptase á la índole de su voz tuvo que cantar el ária un punto mas alto que está en la partitura, se esforzó por interpretar dignamente al Duque Alfonso, consiguiendo caracterizar á ese importante personaje. En el ária del segundo acto, fué cantado el recitado y andante con dramática espresion y buen gusto, y el allegro lo dijo con bravura y energía. En el duo y terceto del tercer acto estuvo siempre en situación, contribuyendo al buen efecto de esta gran inspiración musical.

Por último, el señor Tombesi procuró desempeñar cumplidamente su parte de Genaro, y creemos lo consiguió, no obstante el inconveniente con que tiene que luchar este artista. Su escasa voz no le permite ejecutar todo lo que sabe, razón por lo que en ciertos pasajes de la ópera no se percibía su eco, y dejaba de producir el efecto conveniente. Sin embargo, nos agradó mas que en *Lucia*.

Los coros y orquesta bien. La entrada un lleno.

Cuando se verifique la representación de la *Traviatta*, cuyas ensayos se están haciendo, insertaremos una revista escrita *ad hoc*, con motivo de ser la primera vez que la canta la señora Penco en Cádiz, y una de las obras en que mas aplausos ha alcanzado el señor Nicolini, en todos los teatros donde la ha ejecutado. Sabemos que el señor Fáyvaro es el encargado de la parte del padre de Alfredo.

### FÁBULA.

#### LOS DOS MUCHACHO:

Dos inocentes muchacho:  
en cierta ocasión jugaban,  
y á cualquier travesurilla  
soltaban la carcajada.  
Cubrióse el rostro uno de el  
con una careta extraña,  
y entonces muy sério el otro  
le dijo enfadado—Aparta;  
que todo el mundo aborrece  
á los que tienen dos caras.

«Del inocente muchacho  
»mediten bien las palabras,  
»aquellos que con ficciones  
»su mal proceder disfrazan.

EDITOR RESPONSABLE:

DON JOSE MARIA ME.

CADIZ 1861.

Ilustración gaditana, San M